

Hora Santa

San José En el Antiguo Testamento



Elaboración: Dra. Deyanira Flores

RITOS INTRODUCTORIOS

1. Exposición solemne del Santísimo Sacramento

La celebración inicia con la exposición solemne del Santísimo Sacramento mientras se entona un canto eucarístico. Sigue una breve pausa de adoración a Jesucristo presente en el Santísimo Sacramento.

¡Oh, buen Jesús!

¡Oh buen Jesús!, yo creo firmemente,
que por mi amor estás en el altar;
que das tu Cuerpo y Sangre juntamente,
al alma fiel en celestial manjar (2).

Espero en ti, piadoso Jesús mío,
oigo tu voz que dice: “ven a mí”.
Porque eres fiel, por eso en ti confío,
todo, Señor, lo espero yo de Ti (2).

¡Oh buen pastor, amable y fino amante!
Mi corazón se abrasa en santo amor.
Si te olvidé, hoy juro que constante,
he de vivir tan sólo de tu amor (2).

Indigno soy, confieso avergonzado,
de recibir la santa comunión.
Jesús, que ves mi nada y mi pecado,
prepara Tú mi pobre corazón (2).

Dulce maná y celestial comida,
gozo y salud del que te come bien;
ven sin tardar, mi Dios, mi Luz, mi Vida;
desciende a mí, hasta mi alma ven (2).

2. Aclamación de alabanza y saludo inicial

El celebrante hace la aclamación de alabanza y saludo inicial.

S. “Te adoramos, Jesús Eucaristía, con el Corazón Inmaculado de María;

T. y en Ti profesamos nuestra Fe, con el Casto Corazón de José”.

(Beata María Romero Meneses)

S. La paz del Señor sea con todos vosotros.

T. Y con tu espíritu.

3. Monición y oración

El celebrante introduce la celebración con estas palabras. Todos rezan juntos la oración. Luego las personas se sientan o permanecen de rodillas, como cada uno prefiera.

S. “Quien lo ha probado, sabe que la meditación *nunca se hace tan fecunda como ante el Tabernáculo*”. “¡Si todos, sacerdotes y seglares, almas piadosas y menos observantes se pusieran a leer y a aprender el Evangelio a la luz de la lámpara del Sagrario...!” (Sta. Teresa Benedicta de la Cruz, *Obras*, IV, p.116; S. Manuel González, *Obras* II, n.2830, p.789).

La meditación sobre la Virgen María o San José siempre nos lleva a Jesús, porque María y José son inseparables de Jesús, y su único afán es darnos a Jesús. Si esta meditación la hacemos frente al Sagrario o al Santísimo Sacramento solemnemente expuesto, el fruto será todavía mayor.

“¡Madre Inmaculada y patriarca san José, los que mejor supieron y saborearon el Corazón de Jesús en la tierra, dadnos parte en vuestras intimidades...!” (S. Manuel González, *Obras*, I, n.365, p.339).

Durante este Año de San José promulgado por el Papa Francisco, vamos a meditar sobre diferentes aspectos del misterio del hombre justo que Dios escogió para ser el esposo virginal de Su Madre y el padre adoptivo de Su Hijo. En esta Hora Santa, reflexionaremos sobre San José en el Antiguo Testamento.

Iniciamos diciendo juntos la siguiente oración:

T. “José, varón bienaventurado y feliz, al que fue concedido ver y oír al Dios a quien muchos reyes quisieron ver y oír, y no oyeron ni vieron. Y no sólo verle y oírle, sino llevarlo en brazos, besarlo, vestirlo y custodiarlo: ruega por nosotros” (Oración en preparación para la Santa Misa).

“San José, corona y gloria de los patriarcas, ruega por nosotros” (S. Alfonso de Ligorio, *Visitas al Santísimo Sacramento, Visita 23*).

I. PRIMERA MEDITACIÓN

4. Lectura de textos de la Escritura, Tradición y Magisterio

Un lector solo o varios lectores alternando entre sí leen *despacio* los siguientes textos tomados de la Escritura, la Tradición y el Magisterio.

I. DIOS PREPARA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO LA VENIDA DE SU HIJO

1. *La unión entre Antiguo y Nuevo Testamento*

L.1 La Sagrada Escritura está compuesta de muchos libros, escritos por diferentes autores de diferentes épocas. Sin embargo, la Iglesia siempre ha afirmado su unidad:

“La Escritura es una porque es única la Palabra de Dios, único el proyecto salvífico de Dios y única la inspiración divina de ambos Testamentos. El Antiguo Testamento prepara el Nuevo, mientras que éste da cumplimiento al Antiguo: ambos se iluminan recíprocamente”, “los dos son verdadera palabra de Dios” (CCEC 23; CEC 140; cf. DV 16; CEC 112; 128-129; VD 40-41).

2. *La pedagogía de Dios*

La venida del Hijo de Dios al mundo, que es el evento más importante y decisivo de toda la historia de la humanidad, no sucedió por casualidad, o porque a Dios se le ocurrió en el último momento. Desde toda la eternidad Dios lo pensó, y como Maestro maravilloso que es, lo fue preparando a lo largo de los siglos. A todos los pueblos de alguna manera los preparó, pero de forma especial se escogió al pueblo judío, del que nacería el Hijo de Dios hecho Hombre, para revelarse a este pueblo de manera impar y prometerle la venida del Mesías Rey Salvador, culmen de la Revelación y Redentor de toda la humanidad del pecado y de la muerte (Rom.9,1-5; He.13,32-39; *Dei Verbum*, 14).

“La economía del Antiguo Testamento estaba ordenada, sobre todo, para *preparar, anunciar proféticamente y significar con diversas figuras* la venida de Cristo redentor universal y la del Reino Mesianico” (*Dei Verbum*, 15).

El Antiguo Testamento “es toda una historia de un amor de Dios que va preparando con promesas santas la redención de los hombres. Quiso prepararlos durante largos siglos a ese advenimiento del Hijo de Dios para salvar a la humanidad, para que la humanidad fuera tomando conciencia de lo que es Dios Salvador” (S. Óscar Romero, *Homilía* (1-1-1978), II, p.176-177).

3. El Testimonio del Nuevo Testamento sobre el Antiguo

L.2 Jesús nos enseña que el Antiguo Testamento habla sobre Él y se cumple en Él. Lo mismo afirman los autores del Nuevo Testamento y toda la Tradición de la Iglesia, la cual interpreta el Antiguo Testamento a la luz de Cristo y ve a Cristo profetizado y prefigurado en él.

Jesús Resucitado le dijo a los discípulos de Emaús:

“ ¡Oh insensatos y tardos de corazón *para creer todo lo que dijeron los profetas!* ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria? Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, *les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras...* Después les dijo: ‘Estas son aquellas palabras mías que os hablé cuando todavía estaba con vosotros: *Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí.* Y, entonces, *abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras,* y les dijo: ‘*Así está escrito que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y se predicara en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas*” (Lc.24, 25-27.44-48).

4. Cristo, Cabeza y miembros, profetizados en el Antiguo Testamento

Eventos tan inefables como el nacimiento del Hijo de Dios de una Virgen y Su Resurrección, “que a los hombres hubieran parecido increíbles e imposibles, Dios, *mediante su Espíritu profético anunció que se llevarían a cabo,* para que, cuando se verificaran, no fueran rechazados, sino creídos por el hecho de que habían sido predichos” (S. Justino, *I Apol.* 33: PG 6, 376-381).

En el Antiguo Testamento se encuentran profetizados y prefigurados, de alguna manera todos los hechos fundamentales de la Obra de la Salvación realizada por Cristo:

“La Iglesia, diseminada por todo el mundo hasta los confines de la tierra, ha recibido de los Apóstoles y de sus discípulos la fe (...) *en el Espíritu Santo, que por medio de los profetas ha proclamado los designios de Dios y la venida y el nacimiento de la Virgen y la pasión y la resurrección de los muertos y la ascensión corporal a los cielos del amado Jesucristo nuestro Señor y de su venida de los cielos en la gloria del Padre para recapitular todas las cosas y resucitar toda carne de la estirpe humana*” (S. Ireneo, *Adv.haer.* I,10,1).

Así como el Antiguo Testamento nos anuncia a Cristo de diferentes formas, así también nos anuncia a Su Madre, María; Su Cuerpo Místico, la Iglesia; Su Precursor, San Juan Bautista, y su padre nutricio, San José.

María es la Madre y Colaboradora del Redentor que aplasta la cabeza de la serpiente (Gen.3,15); la Virgen que concibe y da a luz al Emmanuel (Is.7,14; Mt.1,22-23); el Arca viviente de la Nueva Alianza que lleva en su vientre al Legislador y al Pan vivo bajado del cielo (Ex.25,10-16; Heb.9,1-8; Jn.6,51; Lc.1,39-45.56); la Hija de Sión que recibe gozosa al Rey y Salvador (Sof.3,14-20; Lc.1,26-38), en el dolor de la Cruz da a luz al pueblo de Dios (Miq.4,10) y azorada recibe por hijos a todos los pueblos de la tierra (Is.60,3-5.7-9; Bar.4,36-37; Jn.19,25-27; LG 55).

La Iglesia es el “pueblo de Dios” (Ex.6,7-8; Jer.24,7; 31,33), el “rebaño” que Él apacienta (Ez.34; Is.40,11; He.20,28), la “ciudad de Dios” donde Él habita (Sal.48,1-3.8-9; 46,4-5; Apoc.21,2), la “esposa” amada del Cantar de los cantares (CEC 753; 762).

San Juan Bautista es “la voz que clama en el desierto” pidiendo que se prepare el camino al Señor (Is.40,3-5; Mt.3,1-3; Mc.1,1-8; Lc.3,1-18; Jn.1,19-28). Jesús lo llama “más que un profeta”, y dice que “*éste es de quien está escrito: He aquí que yo envío a mi mensajero delante de ti, que preparará por delante tu camino*” (Mt.11,9-10 [1-15]; Ex.23,20; Mal.3,1).

Y sobre *San José*, ¿qué podemos encontrar en el Antiguo Testamento? Es lo que meditaremos en un momento.

5. 10 minutos de silencio completo

A continuación, se tienen 10 minutos de silencio completo para meditar personalmente frente al Santísimo en el texto que se acaba de leer y escuchar lo que el Señor quiera decirnos.

6. Canto

Juntos coro y asamblea entonan el canto a San José.

Oh Patriarca Santo, humilde José

*Oh Patriarca Santo, humilde José
A ti mis plegarias dirijo con fe.*

Tú fuiste elegido
por el mismo Dios
para ser el padre
de mi Redentor.

Eres el Esposo
de la Virgen tú,
en tus brazos llevas
al niño Jesús.

Grandes ministerios
te encomienda Dios
y los desempeñas
con santo fervor.

Patriarca bendito
sé mi salvación
que el mundo se inflame
en tu devoción.

<https://www.youtube.com/watch?v=45QVzLJIfOg>

II. SEGUNDA MEDITACIÓN

7. Lectura de textos de la Escritura, Tradición y Magisterio

Un lector solo o varios lectores alternando entre sí leen *despacio* los siguientes textos tomados de la Escritura, la Tradición y el Magisterio.

II. SAN JOSÉ, HIJO DE DAVID

1. *Inserta a Jesús en la descendencia davídica*

En profecías tan importantes del Antiguo Testamento como las de Natán a David sobre el Mesías, descendiente suyo, que reinaría eternamente (1Sam.7, 4-5.11-13.16.19.27-29), y de Isaías sobre “el retoño de Jesé” (Is.11,1-5), se había profetizado que el Mesías nacería de la descendencia de David (Jn.7,40-43.52).

San José era descendiente de David (Mt.1,1-16.20; Lc.1,27; 2,4; 3,23-31) y los judíos solían hacer la genealogía por la línea paterna. Por eso, al aceptar San José la paternidad virginal que Dios le pedía con respecto a Jesús, el hijo de su esposa María, concebido por obra del Espíritu Santo, garantiza legalmente que Jesús sea de la descendencia davídica.

“Dios, en su providente sabiduría, para realizar el plan de la salvación, asignó a José de Nazaret, ‘hombre justo’ (Mt.1,19), esposo de la Virgen María (Mt.1,19.; Lc.1,27), una misión particularmente importante: introducir legalmente a Jesús en la estirpe de David de la cual, según la promesa (2Sam.7,5-16; 1Cro.17,11-14), debía nacer el Mesías Salvador, y hacer de padre y protector para Él. En virtud de esta misión, san José interviene activamente en los misterios de la infancia del Salvador...” (*Directorio de piedad popular*, 218; cf. Benedicto XVI, *Angelus*, 18-12-2005; *Discurso*, 5-7-2010).

“La figura de este gran santo, aun permaneciendo más bien oculta, reviste *una importancia fundamental en la historia de la salvación*. Ante todo, al pertenecer a la tribu de Judá, unió a Jesús a la descendencia davídica, de modo que, cumpliendo las promesas sobre el Mesías, el Hijo de la Virgen María puede llamarse verdaderamente "hijo de David". El evangelio de san Mateo, en especial, pone de relieve *las profecías mesiánicas que se cumplen mediante la misión de san José*: el nacimiento de Jesús en Belén; su paso por Egipto, donde la Sagrada Familia se había refugiado (Mt.2,13-15); el sobrenombre de "Nazareno" (Mt.2,22-23)” (Benedicto XVI, *Angelus*, 19-3-2006).

“La liturgia de la Palabra habla de “descendencia, herencia, paternidad, filiación, estabilidad: todas expresiones que *son una promesa pero después se concentran en un hombre*, en un hombre que no habla, no dice una sola palabra, un hombre del cual se dice solamente que era justo. Y después un hombre que nosotros vemos que actúa como un hombre obediente. José.

Un hombre del cual no sabemos ni siquiera la edad y *lleva sobre sus hombros todas estas promesas* de descendencia, de herencia, de paternidad, de filiación, de estabilidad del pueblo. Una gran responsabilidad... Precisamente este es el estilo de Dios en el cual José se encuentra plenamente: él, un soñador, *es capaz de aceptar esta tarea, esta dura tarea* y que tiene tanto que decirnos a nosotros en este tiempo... Así él *acoge la promesa de Dios y la lleva adelante* en silencio con fortaleza, *la lleva adelante para que se cumpla eso que Dios quiere...*

La liturgia, por eso, ofrece el ejemplo del hombre que no habla sino que obedece... el hombre capaz de llevar adelante las promesas para que se conviertan en sólidas, seguras; el hombre que garantiza la estabilidad del Reino de Dios, la paternidad de Dios, nuestra filiación como hijos de Dios” (Francisco, *Homilía*, Capilla Santa Marta, 20-3-2017).

2. El hombre de confianza de Dios

L. Dios confió en David. Con mayor razón confió en San José, el cual correspondió al cien por cien a la confianza puesta en él.

"Hay sobrada razón para afirmar que José fue de la casa y familia de David. Verdaderamente es de la casa de David. Varón de estirpe regia; noble por su sangre y mucho más por su espíritu. Verdadero hijo de David sin la más mínima tacha. Al contrario, hijo más aún que por la carne, por la fe, santidad y devoción. *Dios lo encontró conforme a su corazón*, como a David, *y por eso le confirió el misterio más secreto y sagrado de su corazón*. Le manifestó como a David los designios ocultos e impenetrables de su sabiduría, dándole a conocer un misterio desconocido de todos los príncipes de la tierra. Le fue concedido contemplar a Aquél a quien reyes y profetas anhelaron ver y no vieron, oír y no oyeron. *Y no sólo verle y oírle: llevarle, conducirlo, abrazarlo, besarle, nutrirle y guardarlo*" (S. Bernardo, *Hom. Super 'Missus est'* 2,16 PL 183, 70).

8. 10 minutos de silencio completo

A continuación, se tienen 10 minutos de silencio completo para meditar personalmente frente al Santísimo en el texto que se acaba de leer y escuchar lo que el Señor quiera decirnos.

9. Canto

Juntos coro y asamblea entonan el himno a San José.

Himno a San José

Hoy a tus pies ponemos nuestra vida;
hoy a tus pies, ¡Glorioso San José!
Escucha nuestra oración y por tu intercesión
obtendremos la paz del corazón.

En Nazaret junto a la Virgen Santa;
en Nazaret, ¡Glorioso San José!
cuidaste al niño Jesús pues por tu gran virtud
fuiste digno custodio de la Luz.

Con sencillez humilde carpintero;
con sencillez, ¡Glorioso San José!
hiciste bien tu labor obrero del Señor
ofreciendo trabajo y oración.

Tuviste Fe en Dios y su promesa;
tuviste Fe, ¡Glorioso San José!
Maestro de oración alcánzanos el don
de escuchar y seguir la voz de Dios.

Autor: José Antonio Poblete
<https://www.youtube.com/watch?v=qWxGT7TUZ5g>

III. TERCERA MEDITACIÓN

10. Lectura de textos de la Escritura, Tradición y Magisterio

Un lector solo o varios lectores alternando entre sí leen *despacio* los siguientes textos tomados de la Escritura, la Tradición y el Magisterio.

3. *San José y David confían en Dios*

L. “El profeta Natán dice a David, por orden del mismo Dios: "afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas" (2 Sam.7,12). David tiene que aceptar la muerte sin ver la realización de esta promesa, que se cumplirá "cuando tus días se hayan cumplido y te acuestes con tus padres". De este modo, podemos ver que uno de los deseos más queridos para el hombre, el de ser testigo de la fecundidad de su obra, no siempre es escuchado por Dios... Lo que Dios le pide a David es que confíe en él. David no verá a su sucesor, que tendrá un trono "estable para siempre" (2Sam.7,16), pues este sucesor, anunciado bajo el velo de la profecía, es Jesús. David confía en Dios.

Del mismo modo, José confía en Dios, cuando escucha que su mensajero, su ángel, le dice: ‘José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo’ (Mt.1,20). José es, en la historia, *el hombre que ha dado a Dios la prueba más grande de confianza, incluso ante un anuncio tan increíble ...*” (Benedicto XVI, *Homilía*, Camerún,19-3-2009).

“¿Cómo vive José su vocación como custodio de María, de Jesús, de la Iglesia? *Con la atención constante a Dios, abierto a sus signos, disponible a su proyecto*, y no tanto al propio; y eso es lo que Dios le pidió a David...: Dios no quiere una casa construida por el hombre, sino *la fidelidad a su palabra, a su designio*; y es Dios mismo quien construye la casa, pero de piedras vivas marcadas por su Espíritu. Y José es ‘custodio’ porque sabe escuchar a Dios, se deja guiar por su voluntad, y precisamente por eso es más sensible aún a las personas que se le han confiado, sabe cómo leer con realismo los acontecimientos, está atento a lo que le rodea, y sabe tomar las decisiones más sensatas. En él, queridos amigos, vemos cómo se responde a la llamada de Dios, con disponibilidad, con prontitud; pero vemos también cuál es el centro de la vocación cristiana: *Cristo...*” (Francisco, *Homilía*, 19-3-2013).

III. MESÍAS E HIJO DEL CARPINTERO

“En la casa de Nazaret, Jesús les estaba sumiso (Lc.2,51): a los dos, a José y a María, tal como un *hijo* está sumiso *a sus padres*. Pasan los años de la vida oculta de la Sagrada Familia de Nazaret. El Hijo de Dios -enviado por el Padre- está oculto para el mundo, oculto para todos los hombres, incluso para los más cercanos. *Solo María y José conocen su misterio*. Viven en su círculo. Viven este misterio cada día. El Hijo del Eterno Padre pasa, ante los hombres... por "el hijo del carpintero" (Mt.13,55).

Al comenzar el tiempo de su misión pública, Jesús recordará, en la sinagoga de Nazaret, las palabras de Isaías *que en aquel momento se cumplían en Él...* Cuando se presentó la ocasión de tomar la palabra en la Sinagoga, abriendo *el libro de Isaías* encontró el pasaje en que estaba escrito: ‘El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto que me ha unguido el Señor’ y después de haber leído este fragmento dijo a los presentes: ‘*Esta Escritura que acabáis de oír, se ha cumplido hoy*’ (Lc.4,16-21; Is 61,1s.).

De este modo *confesó y proclamó ser el que fue unguido por el Padre, ser el Mesías*, es decir Cristo, en quien mora el Espíritu Santo como don de Dios mismo, aquél que posee la plenitud de este Espíritu, aquél que marca el nuevo inicio del don que Dios hace a la humanidad con el Espíritu...

Los vecinos y paisanos dirán: "¿No es el hijo de José?" (Lc.4,22). El Hijo de Dios, el Verbo Encarnado, durante los 30 años de la vida terrena permaneció oculto: se ocultó a la sombra de José” (S. Juan Pablo II, *Audiencia*, 19-3-1980; *Dom. Viv.*, 18-5-1986, n.18; cf. n.49).

IV. SAN JOSÉ CUIDA DE JESÚS COMO DIOS CUIDÓ DEL PUEBLO DE ISRAEL

“El escritor polaco Jan Dobraczyński... con la imagen evocadora de la sombra define la figura de José, que para Jesús es la sombra del Padre celestial en la tierra: lo auxilia, lo protege, no se aparta jamás de su lado para seguir sus pasos. Pensemos en aquello que Moisés recuerda a Israel: ‘En el desierto, donde viste cómo el Señor, tu Dios, te cuidaba como un padre cuida a su hijo durante todo el camino’ (Dt.1,31). *Así José ejercitó la paternidad durante toda su vida*” (Francisco, *Patris Corde* 7).

11. 5 minutos de silencio completo

A continuación se tienen 5 minutos de silencio completo para meditar personalmente frente al Santísimo en el texto que se acaba de leer y escuchar lo que el Señor quiera decirnos.

IV. RITOS CONCLUSIVOS

12. Canto Eucarístico

Se entona un canto eucarístico mientras el celebrante se prepara para dar la bendición solemne con el Santísimo Sacramento, que se da en silencio.

Tantum ergo, sacramentum
venerémur cernui
et antiquum documéntum
novo cedat ritui;
praestet fides supleméntum
sénsuum deféctui.

Genitóri, Genitóque
laus et jubilátio:
salus, honor, virtus quoque
sit et benedictio;
Procedénti ab utróque
compar sit laudátio. Amén.

13. Bendición Eucarística

Arrodillado, el ministro incienso el Santísimo Sacramento. Luego dice:

S. Les diste pan del cielo. (T.P. Aleluya).

T. Que contiene en sí todo deleite. (T.P. Aleluya).

Luego se pone en pie y dice:

S. Oremos.

Oh Dios, que en este admirable sacramento nos dejaste el memorial de tu Pasión, te pedimos nos concedas venerar de tal modo los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre, que experimentemos constantemente el fruto de tu redención. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

T. Amen.

Una vez que ha dicho la oración, el sacerdote o el diácono toma el paño de hombros, hace genuflexión, toma la custodia o el copón, y sin decir nada, traza con el Sacramento la señal de la cruz sobre el pueblo. A continuación se dicen las alabanzas de desagravio.

Alabanzas de desagravio

Bendito sea Dios.

Bendito sea su santo Nombre.

Bendito sea Jesucristo, Dios y Hombre verdadero.

Bendito sea el Nombre de Jesús.

Bendito sea su Sacratísimo Corazón.

Bendita sea su Preciosísima Sangre.

Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.

Bendito sea el Espíritu Santo Paráclito.

Bendita sea la excelsa Madre de Dios, María Santísima.

Bendita sea su Santa e Inmaculada Concepción.

Bendita sea su gloriosa Asunción.

Bendito sea el nombre de María Virgen y Madre.

Bendito sea San José, su castísimo esposo.

Bendito sea Dios en sus Ángeles y en sus Santos.

Concluida la bendición, el mismo sacerdote que impartió la bendición u otro sacerdote o diácono, reserva el Sacramento en el tabernáculo, y hace genuflexión, en tanto que el pueblo si parece oportuno, puede hacer alguna aclamación. Finalmente, el ministro se retira.

14. Oración final a San José

Al concluir la Hora Santa, el celebrante y la asamblea recitan juntos la oración final a San José.

T. ¡Oh Señor!, haz que nunca olvidemos que todos podemos encontrar en San José -el hombre que pasa desapercibido, el hombre de la presencia diaria, discreta y oculta- *un intercesor, un apoyo y una guía en tiempos de dificultad*” (Cf. Francisco, *Patris Corde, Intro.*).

S. “Que San José obtenga para la Iglesia y para el mundo, así como para cada uno de nosotros, la bendición del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (S. Juan Pablo II, RC n.32).

T. Amén.